

PONTALIS  
mes de Freud  
Sudamericana

113741

FOTOCOPIADORA	
CEHCE	
ESTADIA II	
Folio 191	S/F -
	D/F 4

### EL PEQUEÑO GRUPO COMO OBJETO

Quién lo hubiera dicho. Poco divulgadas durante mucho tiempo y reservadas a unos cuantos iniciados, hasta el punto de que se hubiera creído que, funcionando en circuito cerrado, las técnicas de grupo no tenían otra finalidad que formar coordinadores de técnicas de grupo, hoy atraen una clientela más variada. Y, sobre todo, lo que encarnan (¿Qué? Veremos que no es fácil definirlo) se difunde ampliamente. Aquí y allá, en la universidad, en el ejército, en hospitales psiquiátricos, entre industriales, estudiantes, pedagogos, con médicos, directores espirituales, padres, se *hace grupo*.

A primera vista, la confusión es grande, sea cual fuere el ángulo desde el cual consideremos la situación: utilizadores, ideologías, finalidades. No bien adelantamos una distinción que pretende clarificar, por ejemplo, los fines perseguidos, su carácter artificial se denuncia fácilmente: ¿cómo sostener que conviene diferenciar los objetivos de formación ("perfeccionamiento socio-personal") y una intención psicoterápica, cuanto que toda "formación" seguida, desde el instante en que se propone algo más que la trasmisión de una destreza y pretende ejercerse en profundidad, es, de manera más o menos implícita, una psicoterapia? Y cuando hablamos de psicoterapia, ¿queremos decir la del grupo como tal, o la de los individuos por el grupo? Y si hablamos de formación, ¿tenemos en vista el dominio de los fenómenos de grupo, el arte de llegar a ser un buen líder, o, sin ponernos por delante un objetivo pedagógico, el de ver sencillamente lo que el grupo nos hace a cada uno? Porque son conscientes

### EL PEQUEÑO GRUPO COMO OBJETO

de tales ambigüedades los especialistas se conforman deliberadamente con fórmulas cada vez más vagas: "sensibilizar a los participantes en los fenómenos de grupo", que hacen decir sonriendo a los iniciados: "uno se sensibiliza".

Si nos atenemos a la historia del movimiento de los pequeños grupos, también sorprende la diversidad: diversidad de las influencias —Lewin, Moreno—, diversidad de las técnicas —experimentalista, observación clínica—, diversidad de los modelos —matemático, organicista, psicoanalítico.

Ciertamente, no hay nada asombroso en que a propósito de un objeto de estudios nuevos se reactive el debate inherente a la psicología, de los contactos y de las doctrinas. Se agrega a él, puesto que de grupos se trata, otro debate donde se han tomado y conocido por adelantado las posiciones: se dirá, por ejemplo, que los pequeños grupos dan la ilusión de la vida colectiva y que no constituyen otra realidad social que la que le confieren los individuos que los componen, con sus determinaciones propias, económicas y sociológicas: será pues a costa de una abstracción psicologizadora como se pretenderá diferenciar procesos específicos. "En modo alguno —replican los otros—: los abstractos son ustedes. ¿Qué es la sociedad, efectivamente, sino un tejido de pequeños grupos (familia, escuela, club deportivo, equipo de trabajo, reunión de amigos, etc.) que modelan el comportamiento social del individuo y que tienen su estructura, su dinámica propia?"

¿Para qué tomar este camino? La discusión, siempre vuelta a comenzar, es en el fondo indiferente a su objeto, simple pretexto para argumentos y contraargumentos. Por eso, desde hace algún tiempo, ha perdido su virulencia. Los mismos que denunciaban ayer las técnicas de grupo como el arma ofensiva de la *human engineering* hacen hoy de ellas el lugar de elección de un aprendizaje para la autosugestión, para poner en tela de juicio las instituciones y las burocracias. Del campo neocapitalista nos pasamos de pronto al anarcosindicalista... Esto nos alienta a poner en adelante

①

entre paréntesis la cuestión del sentido ideológico de las técnicas de grupo: podemos hacer de ellas tantos usos... Consintamos ante todo en tomarlas como son, en su confusión, en lo que ofrecen de indeterminado, de aventurado, para los que se interesan en ellas y que no son necesariamente los que están en mejor situación para conocer sus motivaciones. Se hace grupo; pues bien, admitámoslo. Pero ¿qué quiere ello decir? Mejor partir de ahí.

“Sus sesiones de grupo son algo artificial: ustedes son una docena, alrededor de una mesa, que discuten sin orden del día, sin programa, con un coordinador que no dirige nada, que no participa en el contenido de las discusiones, y que a ratos declara que lo que sucede en el grupo, a su juicio, es...” En los grupos mismos, la objeción vuelve, inevitable: “En los grupos reales, en la vida, en un trabajo en el cual participo, me junto con las personas para algo, conozco mi tarea y mis responsabilidades, las de cada uno, las del grupo, ¡pero aquí! Esto no se parece a nada, ustedes son muy afluables, pero yo no los conozco, y cuando dejemos de vernos será probablemente para siempre. Entonces hagamos un esfuerzo para pasar el rato agradablemente y encontrar temas de conversación que nos interesen a todos.”

De hecho, no se negarán los artificios; se preguntará uno, en cambio, qué hacen surgir; ¿es que, al instaurarse, salen a luz fenómenos inadvertidos en las condiciones llamadas normales de funcionamiento de los grupos? Y, en ese caso, ¿se trata de fenómenos inducidos por una situación —artefactos que desaparecerían al mismo tiempo que las condiciones que instituyen a aquélla— o bien esta situación los actualiza y los hace más intensos y más claros que en la realidad, donde estarían ocultos? Basándose en este postulado, desde luego, se forma un *grupo de diagnóstico*.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Es el equivalente francés, generalmente admitido, del *Training group* (*T group*) inventado hacia 1947 en los Estados Unidos por discípulos

La objeción de artificialidad es tanto menos decisiva cuanto que lo que sucede en un grupo de diagnóstico —los participantes no tardan en advertirlo— tiene una realidad, y a veces ¡hasta qué punto presente, hasta qué punto opresiva! En él se viven emociones, se sienten dificultades personales, a menudo se afirman pasiones en aquellos que, al principio, se mostraban los más escépticos o los más desenvueltos; el grupo conoce la oscilación de los momentos de euforia (¡qué bien estamos juntos!) y de desaliento (no se llega a nada), en él se ríe, se forman fracciones que lo deshacen, se ataca y se protege, se trata de convencer, de seducir, de no ser manejado, o se intenta hacerse admitir, querer, o se busca demostrar que se es buen organizador, que se ha comprendido, que ya se está adiestrado, que se siente el grupo, que se ha sabido conciliar a los opositores, que se ha eludido el callejón sin salida donde cada cual se hallaba atascado... ¿Cómo negar a todo ese movimiento una realidad propia?

Sin embargo, reconocer a lo que ocurre en los grupos de diagnóstico un pleno valor de realidad no debe en modo alguno conducirnos a hacer de tales grupos —sin pasado, sin porvenir, de composición heterogénea— los equivalentes de grupos reales, ni a buscar en ellos una “experiencia correctora” de la vida en grupo. Que se haya descontado en ellos tales beneficios es una etapa normal. Las primeras experiencias de grupo fueron conducidas con una intención pedagógica manifiesta: asegurar una “comunicación” satisfactoria, decisiones controlables y efectivas, *procedimientos de trabajo* eficaces. Después se puso el acento en el *proceso* del grupo

de Lewin e introducido en Francia hacia 1955. Hay que comprender: “entrenamiento en el diagnóstico de los fenómenos de grupo a partir de su experiencia vivida”. Se habla también de grupo de base, de grupo de formación, de grupo experiencial, de grupo-centrado-en-el-grupo... Pero poco nos importa aquí. Dejo de lado, deliberadamente, el debate entre las diversas escuelas, tanto más cuanto que, como es bien sabido en el medio “grupista”, casi todos los coordinadores tienen su concepción y su técnica propias...

y en la necesidad, para que fueran objeto de una toma de conciencia y hasta para que pudieran realizarse, de crear una experiencia de grupo abierta, poniéndolo entre paréntesis, no sólo de toda tarea exterior a él, sino, en última instancia, de toda tarea, como si la única finalidad del grupo fuera de constituirse, de vivir y de morir, y que agotara su energía en levantar y franquear obstáculos. Es hoy sorprendente ver que aquellos que participan en las sesiones de experiencia de grupo llegan a él sin preocuparse de lo que podrían aprender en él: *se va a un grupo de diagnóstico: eso basta.*

En las representaciones —y son numerosas— que ha podido darse de los grupos, se comprobaría, sin forzar demasiado las cosas, un mismo cambio de perspectiva: los “modelos” propuestos se hacen cada vez menos genéticos y normativos.<sup>2</sup> Se ensayan de toda clase. A decir verdad, esta diversidad misma parece un poco sospechosa. Todos los trajes, según aquellos que los confeccionan, visten a los pequeños grupos a la perfección. Se dirigen a la “dinámica de los grupos” o a la fenomenología, al Rousseau de *El contrato social*, o al Sartre de la *Crítica*, y lo que hacen les cae siempre bien. Pero el vínculo entre la experiencia y la conceptualización permanece flojo. Como se ha notado, “contrariamente al psicoanálisis, el grupo de formación no se ha desarrollado en estrecha asociación con una larga elaboración teórica”.<sup>3</sup>

Está Lewin, desde luego. Pero nos dispensaremos de volver sobre sus concepciones puestas tantas veces en evidencia, del todo impregnadas de presupuestos y de ideología, y que aportan un cuadro conceptual que desvía desde el primer momento, radicalmente, la experiencia.<sup>4</sup> Lo cual conduce a

<sup>2</sup> La apreciación, el número, el tipo mismo de las fases pueden variar: pero desde el instante en que se toma como eje mayor de referencia una evolución, se adopta *ipso facto* una perspectiva normativa.

<sup>3</sup> Robert Pagès, “Observaciones sobre los grupos de base y su papel en un conjunto de procedimientos de formación psicossocial”, en *Bulletin de Psychologie*, número especial sobre los grupos, febrero de 1959.

<sup>4</sup> Puede uno preguntarse en qué medida Lewin, que emigró de la Alemania nazi a los Estados Unidos, no ha buscado ante todo, por su

una observación más general: la literatura sobre los pequeños grupos se halla mucho más impregnada de ideología que cualquier otro campo encarado por la psicología. Pero no podemos atenernos a esta sencilla comprobación. En realidad, el saber desempeña en ella el papel de pantalla: es *para no ver* lo que el grupo hace advenir como significaciones que se lo describe como un organismo, por ejemplo, postulando así una ley del desarrollo, normas, condiciones óptimas de equilibrio. A las razones de método, a saber la dificultad particular que hay en estudiar los pequeños grupos, se agrega una reacción de defensa: la existencia en grupo pone en marcha cierto número de emociones y de actitudes que los diversos modelos teóricos tienen por función ocultar. A mi juicio, asimismo, el aporte de ese grupo indiscutiblemente “artificial” que es el grupo diagnóstico —si no buscamos— consiste en lo que nos permita confirmar lo que sabemos en él solamente indicarnos a qué responde en la vida de un grupo la constitución de tal o cual modelo de su funcionamiento.

Muy a menudo, cuando se recurría al psicoanálisis en psicología de los grupos, era con la intención de operar un acercamiento completamente exterior: se trataba principalmente de encontrar obrando, al nivel del grupo, instancias de la personalidad —yo, superyó, ideal del yo— liberadas por la segunda tópica freudiana.

Pero rara vez se ha encarado un acercamiento más radical:

psicología dinámica de las relaciones humanas y su teoría del campo social como interdependencia, responder a la cuestión: ¿Cómo es posible un padre tan aberrante como Hitler? La idea que se puede extraer de las concepciones de Lewin, según la cual un grupo no funcionaría de manera satisfactoria y eficaz más que después de haber superado la relación de dependencia y conquistado su propia autoridad, sin embargo conduce, no a matar al padre, sino a suprimirlo como instancia, a enquistarlo en el grupo percibido como totalidad, como “debidamente forma”. ¿Ha venido la psicología de grupo a conjurar la “peste” freudiana? Los engaños de la Razón...

éste fue, sin embargo, el de Freud cuando planteó la cuestión mucho antes de que el nazismo hubiese respondido a ella, de lo inconsciente que viene a actualizarse en los grupos. En *Massenpsychologie und Ich-Analyse* [Psicología de las masas y análisis del yo] se trata, más que de analizar los fenómenos de grupo (puesto que Freud se apoya, sin desconocer sus insuficiencias, en las apresuradas consideraciones de G. Le Bon sobre las multitudes), de determinar la función que el grupo como tal viene a soportar en la estructura de la psique. Sabemos que Freud hace intervenir, en el proceso de constitución del grupo humano, las nociones de identificación y de ideal del yo, pero ¿nos hemos mostrado bastante atentos a la manera con que las articula? "Cierta número de individuos han puesto un solo y mismo objeto en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado uno con el otro en su yo."<sup>5</sup> La identificación recíproca sería pues posible, (no) a causa de una identificación primera de cada uno de los miembros con el líder, sino de un proceso diferente, casi opuesto a la identificación, por el cual cada sujeto pone en lugar de una instancia de su personalidad, a saber, de su propio ideal del yo, un objeto: el líder, o un "rasgo único" de éste. El ideal colectivo adquiere de hecho su eficacia de una convergencia de los "ideal del yo" individuales en este objeto.

Así, en una perspectiva propiamente psicoanalítica, se sitúan las investigaciones de W. R. Bion.<sup>6</sup> Presentan con relación a los puntos de vista de Freud la ventaja de haber sido realizadas basándose en experiencias precisas conducidas por el autor, y la originalidad de hacer intervenir en su conceptualización nociones, adelantadas por Melanie Klein, que se refieren a la psicosis, o al fondo psicótico, sobre el cual se constituiría el sujeto humano.

<sup>5</sup> G. W., XIII, pág. 144.

<sup>6</sup> *Experiences in groups*, Tavistock publications, Londres, 1961. Traduc. franc. en P. U. F., 1965, con el título de *Investigaciones sobre los pequeños grupos*. [Hay edición en castellano: *Experiencias en grupos*, Paidós, Buenos Aires, 1968.]

Desde el principio, eliminemos una objeción: los grupos dirigidos u observados por Bion —en su mayoría grupos terapéuticos, o emparentados, de neuróticos o inadaptados graves —son demasiado especiales para permitimos sacar algunas conclusiones de alcance general sobre la dinámica de los grupos. Hasta no formulada ni discutida por el autor, la objeción encuentra en él una respuesta. Bion no ignora que lo que llama "grupos de base" —grupos cuya tarea parece ausente o que al menos debe definirse sin cesar en la actualidad de la vida del grupo (no hay orden del día, ninguna consigna a seguir: es la hora de la sesión, eso es todo) no tienen, a primera vista, gran cosa en común con los "grupos de trabajo" que encuentran su razón de ser en el cumplimiento de una tarea y funcionan según reglas determinadas y una distribución especial de los papeles. Pero no se valoriza tal distinción, obstinadamente puesta por delante en los momentos de crisis de los grupos de diagnóstico (y sólo en esos momentos). Ante todo, no bien se tienen en cuenta reuniones diferentes de las reuniones de rutina, grupos diferentes de aquellos estrictamente definidos por reglas de funcionamiento, la distinción desaparece: en los grupos que están por nacer o que tienen por resorte una voluntad común, motivaciones o intereses compartidos, la tarea y hasta el solo hecho de reunirse son en el fondo elección del grupo y no sujeción sufrida pasivamente. Además, siempre se puede descubrir, hasta en un grupo estable, especializado y cuidadoso de las exigencias de la realidad, una vida emocional determinada por lo que Bion llama los supuestos básicos (*basic assumptions*). Pero éstos son más eficaces en los grupos perturbados.

Hay que entender literalmente la expresión de supuestos básicos: son esquemas subyacentes que organizan (en el sentido en que se habla de organizadores en embriología) el comportamiento de un grupo y, por ejemplo, orientan la elección sobre tal tipo de líder. Bion determina tres: la

*dependencia* respecto a un líder divinizado, que alimenta y protege el grupo, es fuente de todo valor y objeto de un culto, induce sentimientos de depresión y de culpabilidad; el *emparejamiento* (*pairing*): una atención llena de esperanza se fija en los lazos de simpatía que están por anudarse, ante los ojos del grupo, entre dos de sus miembros; es ésta como la promesa nunca desmentida —aproxímese la al mesianismo— de que los problemas actuales encontrarán su solución<sup>7</sup>; por fin, alternancia de ataque y de fuga (*fight-flight*): el grupo, para mantener su existencia, actúa como si le fuese necesario huir de alguna cosa o de alguien y a la vez atacarla o atacarlo.

Esta elección corre el riesgo de parecer extraña al que no frecuente sino grupos llamados "naturales" (le parecerá ya menos extraña en cuanto encare grupos en crisis abierta; ahora bien, recordémoslo, el grupo de diagnóstico, y es éste su principio mismo, instituye la crisis abierta permanente). Dicho esto, la idea de supuesto básico puede desconcertar hasta a aquel que haya participado en muchas experiencias de grupo. Para comprenderla es necesario, creo, ir más al centro de la intuición de Bion y mantener filosa su tesis. ¿Sobre qué se basa para afirmar que "el adulto en lucha con la

<sup>7</sup> Como es sin duda aquí donde el *supuesto básico* corre el riesgo de ser lo menos evocador para el lector, me permito citar el pasaje del libro de Bion que la describe con mayor claridad: "Esa atmósfera de espera llena de ilusiones se expresa en reflexiones de este tipo: el matrimonio podría poner fin a las dificultades neuróticas; la terapia de grupo revolucionará la sociedad cuando se haya propagado suficientemente; la próxima temporada —ya sea primavera, verano, otoño o invierno— será más agradable; una nueva suerte de comunidad —un grupo perfeccionado— deberá constituirse, etc. Otras tantas formulaciones que desvían la atención hacia un acontecimiento que se supone venidero, pero el punto focal no es para el analista este acontecimiento sino el presente inmediato, el sentimiento de esperanza mismo [...]. Para que el sentimiento de esperanza persista, es necesario que el líder del grupo aún esté por nacer. Es una persona o una idea la que debe salvar al grupo —salvarlo, o sea terminar con el odio, la destrucción, la desesperanza— y por eso el que no se haya realizado es esencial para la esperanza mesiánica [...]" (*op. cit.*, pág. 149).

complejidad de la vida en grupo recurre, mediante una regresión a veces masiva, a los mecanismos descritos por Melanie Klein como característicos de las primeras fases de la vida mental" o también "que ningún resultado terapéutico puede obtenerse si los componentes psicóticos no son puestos al desnudo, y esto en cualquier grupo que sea"? Toma de posición tan paradójica puede prestarse al malentendido cuando no se ha captado qué es el grupo a juicio de Bion. Y aquí nos sentimos desde el principio en mejores condiciones para comprenderlo.

Una afirmación, encontrada de nuevo casi a la vuelta de una frase, sorprende, y sorprende felizmente, de tal modo parece aberrante dentro de una literatura impregnada de organicismo candoroso y de celoso grupismo, en que *grupo* es la palabra dominante, incansablemente repetida, para designar el lugar donde se concentran todas las preocupaciones y de donde deben llegar todos los remedios. Ahora bien, Bion, especialista de dinámica de los grupos, habla del grupo —desafiando a Durkheim o a Lewin— como "agregado de individuos" y califica ingenuamente de fantasía la creencia en la existencia de un grupo como realidad que trasciende los individuos, con los comportamientos y las actitudes que engendra en cada uno, fantasía capaz de traer consigo, al nivel del individuo, algo así como una despersonalización. Bion no se explica acerca de lo que aquí entiende por fantasía, pero es demasiado analista (y kleiniano por añadidura) para asimilarlo a una ilusión que una progresiva experiencia de la realidad lograría felizmente disipar: no cabe duda de que la fantasía es cierta realidad estructurada, actuante, capaz de informar no sólo imágenes o ensoñaciones sino el campo entero del comportamiento humano.

Ahora bien, nadie —psicosociólogo o no— puede considerar "científica" la definición del grupo como el de un agregado de individuos: es muy cierto que un grupo puede ser objeto de observación y de análisis. La originalidad de Bion

sería entonces la de aferrarse a los dos extremos de la cadena: inclusive si, en el campo sociológico, el grupo es una realidad específica, cuando funciona como tal en el campo de la psiquis individual —modalidad y creencia que toda la psicología tiende precisamente a fortificar— opera efectivamente como fantasía.

Esta dimensión no es siempre perceptible en los grupos naturales, pero salta a la vista en las experiencias de grupo. Se manifiesta principalmente en los sentimientos y las conductas de carácter persecutorio. Éstos encuentran su motivo racional en un descentramiento del individuo: en todo grupo, y de manera electiva en un grupo-centrado-en-el-grupo, el individuo es inducido efectivamente a percibirse como término de una relación y lugar de proceso; lo que, traducido en subjetividad, suscita una conciencia de ser manejado por fuerzas tan difíciles de controlar como de definir, manejo del que generalmente se considera responsable al coordinador: ¡ya que somos marionetas, que por lo menos alguien haya tirado de los hilos! “¿Qué quiere de nosotros? Nos observa, nos somete a tests, se sirve de nosotros, somos sus cobayos, sus figurantes, sus oficiantes, es un gran manitú.” Bion dirá que el grupo funciona entonces según el supuesto básico de dependencia. Pero si se quiere entonces no adoptar perspectiva normativa (de tipo genético o lewiniano) y sobre todo no asimilar la situación y el sentimiento de dependencia a sus expresiones más manifiestas, a saber la alternancia de rebelión y de sumisión respecto a una figura de autoridad, se admitirá que la dependencia continúa presente de un extremo a otro de una experiencia de grupo. Porque lo que se siente en él, lo que, para muchos, se descubre en él, en esa exacerbación de los sentimientos del grupo que induce el grupo de diagnóstico, es la idea inmutable, insistente, sin cesar verificada, como se “verifica” la presencia de un muro contra el cual uno choca, que la situación en grupo plantea a cada uno de los individuos que participan en él problemas que a cada

uno le es rigurosamente imposible resolver solo. Bion señala justamente que un grupo “parece sentir la monotonía como un mal menor, más fácil de soportar que el esfuerzo que hay que hacer para terminar con ella”. Es esto, en efecto, algo sensible a todo recién llegado a un grupo de diagnóstico: “¿Cómo una docena de individuos en apariencia no mucho más tontos que otros pueden cambiar durante horas palabras carentes de interés a sus propios ojos?” Pero en cuanto este recién llegado, de observador se hace participante, lo vemos entonces trabado a su vez, fracasando en sus esfuerzos por sacar al grupo de la torpeza o de la inestabilidad: hace la prueba dolorosa de la impotencia y de la abulia colectivas. Toda iniciativa llega a enquistarse en un *espacio de grupo* que se sustrae a la lucha. Comienza entonces a vivirse la contradicción inherente al grupo, que hace nacer, tan vigorosamente como lo decepciona, el deseo de una acción donde todos por igual podrían reconocerse.

Si nos referimos a los juicios que hacemos de manera general sobre los grupos humanos, los veremos oscilar y mantenerse en el límite de un par antitético que puede definirse así: *Sin salida* o *El hermoso equipo*. Empezando siempre de nuevo, esta oposición sumaria no es asimilable a toda alternancia de juicios; positivos y negativos, que suscita un objeto cualquiera: revela la naturaleza misma de la relación de cada uno con el grupo y de lo que, en cada uno, es “grupalidad”. Escuchemos las palabras de los participantes en un *Seminario de psicología*, por lo tanto, profesionalmente interesados en los problemas de los grupos y más inclinados que otros a valorizar la actividad de grupo.<sup>3</sup> Nos sorprende por más de un rasgo: de entrada, todo grupo está colocado bajo el signo de una necesidad de hecho (“las personas están forzadas a vivir juntas”); la oposición entre los grupos institucionales, descritos como apremiantes, rígidos,

<sup>3</sup> Cf. *Evolución de los resultados de la formación aplicada al personal de encuadre*, publicación de la A. F. A. P., 1961.

y los grupos de amigos (oposición que busca su resolución en la exaltación del "equipo de trabajo") hace siempre referencia a una *imagen* de grupo: las cualidades requeridas para que haya *buen* grupo conciernen a su ser, no a su poder de iniciativa o de acción: se sentirá en él bien, solidario, libre. Es significativo asimismo que, a pesar de que los organizadores lo hayan puesto en guardia insistentemente ("aquí no aprenderá usted recetas", etc.), el deseo de actuar sobre otro es para la mayoría prevalente ("me divierte hacer tomar a las personas una decisión que creen que viene de ellas mismas, cuando en realidad soy yo el que la inspira"), expresando esta verdad de la vida de grupo que en un sentido todo es en él maniobras y contramanoobras. Por último, es notable que el beneficio que se descuenta de la formación sea, en cuanto a los *otros*, modificarlos en su *comportamiento* efectivo, pero que se limite, en lo que respecta a *uno*, a la imagen errónea, peyorativa, que se supone que los otros tienen de uno ("advertí que mis actitudes eran mal interpretadas, que me encontraban tajante, cuando en realidad soy", etc.). Todo ocurre como si, a pesar de lo que se quiera, la experiencia de grupo activara el deseo de manejar para no ser manejado.

Los puntos de vista de Bion permiten comprender que tales comprobaciones encuentran su raíz en la naturaleza misma de nuestro vínculo con el grupo. Cuando un grupo está en efecto presente —y siempre los técnicos de grupo se encuentran allí para hacer que su presencia sea pesadamente insistente—, ¿qué esperanzas, qué temores suscita? Cuando se habla de grupo, uno se atiene por lo general a evidencias contrarias —para cada uno de sus componentes es asunto de temperamento, de hora, de filosofía— que denuncian el maleficio de la vida plural o exaltan las alegrías de la actividad colectiva. ¿Contradicción dialéctica fecunda, o escisión irreductible, que suscitaría la "fantasía" de grupo, entre objeto bueno y malo (para utilizar de nuevo los términos kleinianos)? Alternativamente, y sin que una feliz síntesis pueda

realizarse jamás, el grupo, o el líder que lo encarna, sería *objeto bueno* que hay que preservar a toda costa, a costa del aburrimiento, de la apatía, de las inhibiciones, como si el individuo estuviera dispuesto a renunciar a todos sus intereses para que la integridad del grupo y finalmente la suya propia no sea amenazada, no sea *objeto malo* perseguidor que destruye al individuo, fuerza hostil que lo arruina, precipita su soledad, suscita una angustia mortal: si está fuera de los límites del grupo la cuestión de sus propios límites se hace en efecto problemática para el sujeto mismo.

El grupo es portador de efectos imaginarios, tanto más lejanos cuanto que se modela sobre estructuras anteriormente adquiridas: la de una psiquis como totalidad, la de un cuerpo como envoltura, puro límite entre lo de afuera y lo de adentro, estando constituida la segunda como metáfora de la primera. Por eso la experiencia de grupo, como lo ha señalado Bion, reactiva ansiedades muy "primitivas", induce sentimientos de persecución, de intrusión, de fragmentación.

Al poner el acento en el juego y en la jerarquía de las defensas y al denunciar, como algunos se ocupan de hacerlo, en tal o cual supuesta expresión de angustia una defensa contra una angustia más "profunda", se describen, se reconstruyen *efectos* de grupo sin interrogarse nunca sobre aquello que los determina, sobre la forma imaginaria que suscita su despliegue. No basta descubrir los procesos inconscientes que operan en el seno del grupo, sea cual fuere la ingeniosidad, de que entonces pueda darse muestras: no bien se coloca fuera del campo del análisis la imagen misma del grupo, con las fantasías y los valores que lleva en sí, se elude de hecho toda cuestión sobre el funcionamiento inconsciente del grupo.

Recientemente, un psicólogo, al ocuparse de "la vida afectiva de los grupos", sostenía que a su juicio, y a diferencia de Bion, la experiencia más profunda del grupo era la de un *vínculo positivo*, que aquella sobrevenía en el momento en que los participantes descubren lo que hay de irre-

ductible en sus diferencias y de ilusorio en la idea de una comunicación sin interrupciones.<sup>9</sup> Tal experiencia no debe confundirse con "las manifestaciones a veces ruidosas de espíritu de grupo" (deseo proclamado de consagrarse, de sacrificarse por el grupo, etc.). Estoy de acuerdo. Pero, si hay vínculo positivo, no veo en él, como lo afirma este autor, un vínculo de *cooperación*. Sería más bien un vínculo de *apropiación* del grupo por sí mismo<sup>10</sup>: cada uno renuncia a ser uno mismo, ¡pero al grupo se lo cuida! A este respecto sorprende ver cómo, en un grupo de diagnóstico, una vez prácticamente demostrada la imposibilidad de todas las tentativas de *leadership*, sea cual fuere el estilo, llega el momento en que la afirmación más discreta de sí es sentida por otro como arbitraria y peligrosa. En ese momento ha nacido el *grupo*, pero en medio del fracaso de la cooperación y de toda forma de organización; vive, si se quiere, pero en el sentido en que lo entendía Bichat, como conjunto de fuerzas que resisten a la muerte. Como el invierno, entra en su ser. Grupo *restringido*, se dice. En efecto, es el nombre que le conviene.

Puede que el sociólogo que habla de *grupos* y que sólo eso, por alejado que quiera estar de toda ideología, valoriza la imagen de grupo, caiga también en la red de semejante ficción encarnada; quizá esté envuelto en ella, *adentro*, mientras se cree *afuera*, observador lúcido, experto en diagnósticos, ¡y se erige, sin que haya necesidad de impulsarlo demasiado, en médico de nuestras plagas!

<sup>9</sup> Max Pagès, en *Bulletin de psychologie*, XVI Nº 6-7, 1963.

<sup>10</sup> Frase de un participante, citada por Max Pagès: "Nos alimentamos los unos de los otros."